

DISCURSO

leído por Don Vicente Orti Belmonte en su recepción de Académico Numerario verificada en el salón Capitular del Excelentísimo Ayuntamiento en la noche del 28 de Noviembre de 1929.

Señoras y Señores:

Venir a ocupar un sitio en esta ya secular Academia cordobesa, es una distinción señores académicos, que me honra sobremanera, tanto más cuanto que no creo merecerla y sobre todo viniendo a suceder aquel cordobés benemérito que tanto trabajó en la Historia y en la arqueología de la ciudad, don Rafael Ramírez de Arellano.

Discípulo de don Luis María Ramírez de las Casas-Deza e hijo de don Teodomiro Ramírez de Arellano, autor de los *Paseos por Córdoba*, desde su infancia sintió el cariño, mejor dicho, la veneración por las antigüedades de esta Córdoba de nuestros amores. Lástima grande, que jamás lamentaremos bastante, que hombre de aficiones como las suyas, con sobresaliente aptitud para la historia y para la erudición, tuviera que emplear su actividad como oficial de los Gobiernos Civiles de Sevilla, Granada, Toledo, Málaga, Alicante, y Secretaría de Ciudad Real, Vizcaya, Huelva y Toledo, porque en España, entonces como ahora, las letras, la erudición y la crítica, no producen lo necesario para la vida.

De sus 22 obras publicadas, diez las dedica a esta ciudad, y en todo el siglo XIX no ha existido un escritor cordobés que haya trabajado más y con mayor entusiasmo por ella.

Nosotros le dedicamos este obligado recuerdo, no sólo por el mérito indiscutible de las obras salidas de su docta pluma, sino también con especial complacencia por haber sido el profesor que explicó primeramente en la Escuela de Artes y Oficios la Asignatura de Historia del Arte, hoy a nosotros encomendada.

¿Fue América conocida por los asiáticos antes de su descubrimiento por Colón?

Jamás en la historia de la humanidad, se ha producido por una idea que no sea religiosa, un movimiento tan trascendental y tan renovador como el que formó la estructura de los pueblos europeos en el Renacimiento, y jamás un nuevo tipo de civilización ha sido creado como entonces por una idea intelectual, pese a los que creen que los intelectuales no deben ser los directores de pueblos, y los que inspirándose en el pasado clásico, en lo griego y en lo romano, estructuran todo aquel periodo que históricamente se denomina primer Renacimiento.

Aún no habían sido acabadas de construir las más altas agujas de las catedrales góticas, algunas sin terminar todavía, cuando las nuevas formas arquitectónicas, entablamentos, frisos, órdenes dórico, jónico y corintio las invaden y se enseñorean y a quienes ya habían precedido las formas literarias.

El clasicismo, nunca había muerto. Había vivido soterrado durante más de trece siglos, ora bajo los escombros de las ruinas de la Ciudad Eterna, ora bajo un himno a la Virgen María o una oración piadosa escrita en un palimpsesto perdido en la biblioteca de algún monasterio y que un monje pacienzudo va raspando, para hacer surgir en una oda de Horacio o de Tibulo.

Aquel tipo de civilización clásica que crean los dioses del Parnaso y del Himeto, no podía volver a surgir íntegramente porque la figura de Jesús se interponía. Aquellos dioses nacidos en el Atica, entre el perfume del tomillo de las laderas de sus montes, los carnosos acantos, los sagrados olivos y las brisas marinas que soplaban de Chipre, la isla que hizo nacer desnuda a la diosa de los amores, no podían volver; pero si fueron lo suficientemente fuertes aquellas hermosas ficciones, aquellos símbolos para plasmar bajo una modalidad distinta, las sociedades cristianas de entonces.

Con ellos vienen, todo el espíritu de la reforma religiosa, las revisiones e interpretaciones de los textos sagrados, dando lugar a los cismas, el descubrimiento de la imprenta que hizo accesible

el pensamiento del hombre hasta a las últimas capas sociales, la funesta aplicación de los explosivos a las armas de combate y los descubrimientos geográficos.

Jamás, repito, se ha visto históricamente, que lo que fué un gusto literario y artístico, que se quiso por los humanistas resucitar, haya dado lugar a una renovación mayor en todos los órdenes; siendo como el fermento, esa levadura clásica, que amasó todo el inquieto pan espiritual de aquellos hombres del siglo xvi.

El descubrimiento de América, fué otro de los hechos transcendentales del Renacimiento y que más contribuyó a variar el tipo de la cultura medioeval. El mundo se ensanchaba al par que el espíritu humano al descubrirse ese inmenso continente, y el hombre fué dueño de los mares por los progresos que como consecuencia trajo a la navegación. El comercio mundial se centuplicó en importancia y por consiguiente la riqueza. El oro del trabajo y el oro americano, inundó al Viejo Mundo, y puede rotundamente afirmarse que sin esos hallazgos de tan nuevas y ricas tierras, ni la ciencia, ni el esplendor actual, ni el progreso, ni la actividad humana hubiera llegado a la cumbre en que hoy los contemplamos.

Viene después el siglo xix, creando un nuevo tipo de vida con los descubrimientos científicos y este es el siglo también de la investigación histórica, del desentierro de Pompeya primero y después de la egiptología y del estudio de la civilización caldeo-asiria al llegar a leerse la escritura cuneiforme. Los estudios de arqueología americana que comienzan entonces, habían ya tenido sus antecedentes en nuestra patria. Aparte de los abundantes datos que sobre este ramo de la historia de América se encuentran en todos los historiadores de Indias, en tiempo de Carlos IV se organiza una expedición con este criterio arqueológico encomendada al francés Dupaix, que publica en 1836, en español y francés, su viaje con el título de «Antigüedades americanas».

Después de esta obra y de otras contemporáneas como las de Veytia, Rasking, Nebel, Basseur de Bourbourg, Clavijero, Charney, Humboldt, Rosny, etc., etc., la bibliografía sobre estudios americanos fué aumentando de un modo sorprendente durante todo el siglo xix, hasta el punto de que hoy no sería suficiente la vida de un hombre para poder revisarlo y leerlo todo; tal es el cúmulo de obras escritas sobre etnografía, arqueología, filología e historia americana.

¿De dónde proceden aquellos hombres, aquellas razas cobrizas perdidas en esos dos inmensos continentes americanos y aislados del Viejo Mundo por el tiempo y por el espacio de ese *Mare Ignotus* o Mar de los Sargazos? ¿Es que hubo dos creaciones? ¿La asiática-africana-europea y la americana? La primera pregunta se la hacen todos los innumerables historiadores de Indias, castellanos. La segunda la contestan negativamente la ciencia antigua, la moderna y la fe religiosa.

¿Aquellas primitivas civilizaciones, que alcanzaron en algunos territorios un grado elevado de cultura, como la de los mayas del Yucatán, los del valle de Méjico y la del Perú, son autóctonas o se formaron con elementos aportados del viejo mundo? Este es el punto de las contiendas científicas actuales, sin que pueda admitirse la afirmación gratuita y orgullosa del norteamericano Briton que dice que ni una tradición, ni un dialecto, ni un arte, ni una representación animal, existe en América que tenga relación ni semejanza con ningún otro del Viejo Mundo, ni haya sido importado del Asia u otro continente, y frente a la cual podemos oponer esta otra de Ratzel, más científica y más en armonía con las leyes biológicas, de que nunca ha existido sobre la tierra un sólo grupo de hombres faltos de relaciones.

Nosotros vamos a prescindir en este discurso, de las distintas hipótesis del origen racial del hombre americano, de la sugestiva de la Atlántida que facilitara el paso por occidente y que estudios geológicos magistrales de las islas Canarias, como los de Lucas Navarro y Hernández Pacheco, parecen confirmar su existencia, si bien en lejanas épocas geológicas, de las probadas y conocidas expediciones islandesas de los siglos x y xi a la América del Norte y a la Groelandia, ya que está completamente demostrado, que éste fué un hecho aislado sin relación ulterior con la vida del resto del continente y a este solo punto vamos a concretarnos. ¿Las civilizaciones maya, mejicana y peruana son absolutamente originales o son productos de aportaciones del Viejo Mundo?

El historiador de la arquitectura Choysi sostiene dos interesantes hipótesis: La de aportaciones culturales llegadas a América por occidente, por el Atlántico, al Yucatán, y la de otra influencia asiática llegada por el Pacífico y concretada a esa vertiente de los Andes viniendo a afluir estas dos corrientes al Valle de Méjico. Cronológicamente, la mejicana es la más moderna de las tres civilizaciones mencionadas.

El más genuíno representante e iniciador de la teoría que supone una influencia en América de civilizaciones del mundo antiguo llegados por el Atlántico, fué el abate francés Brasseur de Bourboug, que en el primer cuarto del siglo XIX recorrió todo Méjico y la península del Yucatán y escribió una porción de voluminosas obras sobre historia, filología y arqueología maya y mejicana. Dió por demostrado este abate en sus obras, que los mayas estuvieron en relaciones con los egipcios y que muchas formas de su arquitectura y decoración están influenciadas por las de este pueblo, llegando en su delirio científico hasta el creer ver en papiros egipcios representaciones de animales, existentes solamente en la fauna americana, que le hicieron caer en el mayor descrédito.

No era posible que civilizaciones separadas enormemente por el tiempo y el espacio se hubieran conocido. A la maya se le asigna hoy, puesto que se conoce ya su sistema de contar el tiempo, aunque no se ha descifrado su escritura jeroglífica, una antigüedad de a lo más de dos siglos antes de Jesucristo.

Existe otra teoría, asimismo sugestiva e improbadada, y sobre la cual también se podría escribir varios volúmenes. La de que los fenicios llegaron en sus navegaciones hasta la América con escala en las Canarias. Apesar de todas las interpretaciones que se quieran dar a textos geográficos antiguos, esta teoría cae hasta ahora por su base, puesto que más allá del estrecho de Gibraltar, ni en todas las costas atlánticas, se ha encontrado restos de factorías, objeto alguno ni inscripción fenicia, que demuestra que los fenicios hayan surcado esos mares, fuera del conocido periplo de la vuelta al Africa costeano como era su sistema de navegación.

Por el lado del Pacífico las probabilidades de comunicación son distintas. Las innumerables islas de este mar que permiten una serie de escalas progresivas, las corrientes del Kiro-Siwo que todos los años arrojan a las costas de California embarcaciones chinas y japonesas, demuestran la facilidad de un arribo a las costas americanas y existen testimonios irrefutables de ello. Citemos algunos.

El mismo autor Brasseur ya citado, dice que estando en California en 1880, fué recogido en aquellas costas un junco de naufragos chinos y cita lo observado por el marino norteamericano Maury del frecuente arribo forzoso de embarcaciones asiáticas y por no citar más. En Gomara (H.^a General de Indias,

dias, pág. 117), se dice que en tiempos de Cortés se encontraron los restos de un navío de Cathay, en California. Claro está, que la corriente atlántica del Gulf Streaan, también lleva embarcaciones a la zona ecuatorial; pero nosotros, en el detenido estudio que llevamos hecho de estos problemas americanos, no hemos encontrado ninguna tradición, objeto ni manifestación de cultura, que puedan referirse a civilizaciones occidentales, y en cambio los puntos de contacto con las asiáticas, nos han parecido completamente demostrables.

El mito del hombre blanco y predicador.—Cuando los españoles llegaron a América, se encontraron con símbolos, ritos religiosos y prácticas parecidas a las del cristianismo, que algunos atribuyeron al diablo y que dió lugar a la leyenda de que algún Apóstol había predicado en aquellas tierras. Recojamos ese mito, del hombre blanco, de largas barbas (las razas americanas tienen muy poco desarrollado el sistema piloso) y predicador que se encuentra en casi todas las regiones de América.

Dicho personaje entre los mayas es el Dios llamado Kukulcan, que las Casas (1) describe con una gran barba, siendo, dice, el que enseñó a los hombres a ayunar, a celebrar fiestas religiosas y a construir templos circulares. También Landa (2) lo considera como el fundador de Chichen-Itza y en lo que fué esta ciudad es donde se encuentran las ruínas del Templo circular llamado el Caracol.

Entre la trinidad de los dioses mejicanos figura también dicho personaje, llamándose Quetzalcoatl y con el sobrenombre de huemac, porque imprimió sobre una peña sus manos en testimonio de que se cumpliría todo lo que les dejó dicho (3); y añade Sahagún (4) que dejaba estampado su cuerpo en el sitio donde se sentaba y fué el jefe de unas personas que con trajes talarés y cruces rojas aparecieron en el país y fueron muy bien recibidas por no venir en son de guerra (5).

El ya citado autor indígena Alba Ixtlilxochitl (6), describe a

(1) H.^a Apologética, pág. 123.

(2) Relaciones de las cosas del Yucatán. Trad. Rada.

(3) Alba Ixtlilxochitl, p. 21.

(4) H.^a de las cosas de la Nueva España. L. III, cap. XII al XIV.

(5) Torquemada. Monarquía Indiana. L. III, cap. VII y L. VI, cap. XXIV.

(6) Relaciones, pág. 21.

Quetzalcoatl de barba grande y redonda, cabellos negros, casto, amigo de la paz, pues se tapaba los oídos cuando se le hablaba de la guerra; predicó una nueva religión inculcando el ayuno, la penitencia y el desprecio del crimen. Su vida también estuvo relacionada con cierta bebida fermentada de la que se embriagó.

En Cholula tenía un templo de forma circular y fué el creador del calendario, dato importante para nuestro objeto, y al marcharse de esa ciudad, predijo la llegada de hombres blancos y barbados y por eso cuando llegó Cortés se le creyó Quetzalcoatl que volvía, rindiéndosele culto en Tula en forma de una imagen barbada que acostada esperaba su vuelta.

En la meseta de Bogotá, volvemos a encontrar el culto y la tradición del hombre blanco, barbado y predicador que vivió en la más austera penitencia, atribuyéndosele la invención del calendario. Humboldt. *Sitios de las Cordilleras*, págs. 41 y 383.

En el Ecuador, las todavía no bien conocidas ruínas del llamado palacio de Callo, están relacionadas, según todos los modernos autores, con este hombre blanco y predicador, y González Suárez (1) recoge también la tradición de que dejaba las huellas de sus pies en las piedras.

En el Perú se encuentran idénticas tradiciones, que no citamos, y a este personaje, que se le rendía culto, se llamó allí Viracocha y por eso a los primeros españoles que vieron con barbas los llamaron viracochas; y dice Garcilaso de la Vega (2) que el templo del aparecido Viracocha estuvo a seis leguas de Cuzco y que tenía una imagen de hombre con barba y largo hábito.

Es también sorprendente que se encuentre la raíz sánscrita y griega Theos (Dios) en los idiomas americanos. Teolt en mejicano es la idea abstracta de Dios (3), teocalli significa casa de Dios, teopixequi sacerdote y muchas palabras más con la misma raíz aplicada a conceptos religiosos.

No vamos a detenernos para demostrar con las numerosas citas que poseemos, por no ser este el lugar adecuado, que en la América se practicó el ayuno coincidiendo con lunaciones, por especies de monjes que vivía en común y que en medio de prácticas extrañas y bárbaras observaban el celibato, haciendo uso de la confesión en común y de la auricular, de las más atroces

(1) Atlas arqueológico pág. 173.

(2) H.^a del Perú, Lib. V, cáp. XXII.

(3) Orozco y Berra. H.^a antigua y de la conquista, t. 1.^o págs. 28 y 281.

lacerías para castigar la carne y esto principalmente entre los dos pueblos que nos son más conocidos, Méjico y el Perú.

Todas estas prácticas, repetimos, que existían mezcladas en extraño amasijo con las de los cultos de sus distintos dioses, algunas de una crueldad horrorosa, como las del dios de la guerra mejicano Huitzilopochtli que sólo se aplacaba con miles de víctimas de prisioneros o de levass que se hacían entre los de su mismo pueblo cuando escaseaban éstos, y a quienes al pie de las graderías de los teocalli manantes de sangre humana, se les colocaba sobre piedras circulares y con cuchillos de sílex les abrían el pecho y les arrancaban el corazón que, aún palpitando, era arrojado a la boca del ídolo, de aquellos ídolos insaciables de carne humana que tenían atemorizadas a las muchedumbres y que los sacerdotes les hacían hablar porque eran ventrílocuos. Cultos de una ferocidad igual, solo se encuentran entre los que los fenicios practicaban a su dios Moloc.

El Calendario: Detengámonos en el estudio del calendario que mejor se conoce, que es el mejicano y permitidme antes de entrar en materia una digresión necesaria.

El año solar de 365 días, fué determinado por los egipcios o por los caldeos, en esto discrepan los historiadores, y este descubrimiento fué trasmitido a los pueblos de occidente y a los del oriente, formando parte de la cultura mítica, artística y astrológica de esos dos imperios, núcleos primordiales a los que la ciencia histórica moderna refiere la civilización primera, pasando a occidente, llevado por ese pueblo de mercaderes fenicios que inconscientemente la va sembrando por todo el mediterráneo y hacia el oriente por esa otra corriente que fluyendo del Asia Menor va dejando su huella en la India primitiva, China y pueblos de la alta Asia. La dispersión de formas artísticas egipcias y caldeas por estas regiones, trasvasadas en el flujo y reflujo de pueblos y razas que hacia esos siglos se dispersan, chocan, establecen y se relacionan, pueden demostrarse con hechos concretos. Citemos como ejemplo de estas relaciones, artes insospechadas, la aparición de porcelanas chinas en tumbas egipcias.

Es, pues, la invención del calendario, una de esas conquistas madres que los pueblos se transmiten unos a otros, como la invención de la talla del sílex, el arco y la flecha, el procedimiento primitivo para obtener el fuego; pero invención esta del calendario, tan fundamental, que podemos decir que la historia no

comienza hasta que aparece, y el hombre aprende a contar el tiempo, después de la gran noche mítica en que comenzó a leer en el libro azul del cielo y a conocer y anotar los astros.

El calendario más antiguo que se conoce en lo americano, es el año hipotético cakchiquel de 400 días, que responden solamente a la suma de cifras cabalísticas, siguiéndole al parecer en antigüedad el año mejicano llamado tonalamatl que se componía de 260 días divididos en 20 meses de 13 días, sin relación astronómica, y formado por la combinación de los números sagrados 13 y 20.

Además de este calendario, los mejicanos tenían también un año de 360 días divididos en meses de 20 días y en número de 18, más cinco días que se adicionaban al final del año formando el total solar de 365 días.

Este año solar de 360 días, más 5 adicionados, fué el año determinado por egipcios y caldeos y que, con variantes en la distribución de los períodos meses, se propagó por todo el Asia.

El calendario mejicano fué entre ellos de una enorme dificultad por la complicación que tenía el ajuste de este año solar de 365 días al año nacional suyo de 260, ajuste que se arregla en una época de su historia que nos es desconocida y que al arribo de los españoles estaba perfectamente hecha.

Para nosotros este año solar en un pueblo tan primitivo, fué una aportación. Recordemos que todas las civilizaciones americanas consideran como el inventor del calendario al hombre blanco barbado y predicador y que Humboldt ya había señalado la analogía que ofrecen las denominaciones de los días mejicanos con los signos del zodiaco tibetano, chino, tártano y mogol.

Teorías cosmogónicas. También Humboldt señala (1) la semejanza entre el mito de los cuatro soles mejicanos con los Kalpas indios (2) y los de la secta brahmánica de los banianos. Suponen los mejicanos que el mundo ha pasado por cuatro fases correspondientes a cuatro soles, siendo el primero el llamado de las piedras preciosas terminado por un diluvio en que los hombres que a él sobrevivieron fueron convertidos en peces; el segundo es el sol de fuego que los transforma en gallinas y mariposas; el tercer sol fué destruído por temblores de tierra y en el cuarto dominan los vientos y los frutos son el sustento de los humanos.

(1) Sitios de las cordilleras, pág. 428.

(2) César Cantú, t. 1.º

Donde la analogía es verdaderamente sorprendente, es en el mito de los puntos cardinales. El espacio fué dividido por muchos pueblos de América en 4 partes o puntos cardinales, incorporándose después a estos cuatro puntos, el cenit y nadir y un plano medio, obteniéndose el número 7. En deducción se llega después a determinar la existencia de dos planos, uno alto y otro bajo con cuatro puntos cardinales cada uno más el medio, lo que da el número 9, llegándose a concebir también otro tercer plano.

Nosotros también vemos en este culto de prácticas extrañas, que por cierto persisten aun entre las tribus, pueblos y zúñis de la América del Norte, reminiscencias asiáticas. Según la cosmogonía india, el globo estuvo dividido en 4 montes situados en los cuatro puntos cardinales en torno al monte Meru (1), y en el Rig-Veda, se dice que el universo estuvo dividido en 4, 6, 7 y 9 regiones (2) y cuando se habla de la riqueza de la tierra y del cielo, se hace relación a la riqueza inferior, media y superior.

Los símbolos búdicos.—La svástica, símbolo del budismo y que primitivamente lo fué del fuego en la India védica, aparece en infinidad de objetos de toda la América. Wilson nos ha dado un croquis de su distribución geográfica en ambos continentes americanos y claramente se ve que su arribo tuvo que ser por el Pacífico, dado el número considerable de estas regiones occidentales donde se encuentra.

La svástica en los viejos continentes, da lugar al adorno llamado vulgarmente greca, de simetría vertical y en la ornamentación asiática esta simetría es oblicua como en lo americano, de las cuales no citaremos en este lugar más que un solo ejemplo, las de Mitla.

Las cruces, símbolo búdico, se encuentran en numerosos objetos que sería interminable enumerar; pero citemos el siguiente relato de las Casas hecho en el capítulo 123. En el reino del Yucatán cuando los nuestros lo descubrieron, hallaron cruces, y una de cal y canto, de altura de diez palmos, en medio de un patio o cercado muy lucido y almenado y en la isla de Corumel que está junto a la tierra firme del Yucatán, y dice más adelante que un clérigo versado de aquella lengua, recorrió el

(1) Masperó. La India, pág. 442.

(2) Bergaigne. La religión vedica, pág. 129.

país por orden suya y encontró una especie de trinidad en que el hijo era nacido de una doncella virgen y la tradición de que en tiempos remotos habían llegado 20 hombres, de los cuales se enumeraban los nombres de 18. El primero de ellos se llamó Cocolcán; traían ropas largas, sandalias y barbas y mandaban a las gentes que se confesasen y ayunasen.

Garcilaso en el libro II, cap. III, pág. 27 dice: «Tuvieron los reyes incas una cruz en Cuzco, de mármol fino; yo la dejé en el año 1560 en la sacristía de la Catedral, era cuadrada, tan ancha como larga (es decir cruz griega) y la tenían en gran veneración», etc.

Numerosas son también las figuras americanas con cruces, como el Bochica de los chibchas y dioses mejicanos y mayas.

Los otros símbolos búdicos son el loto, la rueda, el falo o linga como los de Uxmal y piedras grabadas con huellas de pies humanos como las del Museo de México.

Existe también un tipo de estatua de carácter búdico en todos sus rasgos; algunas hay en el Museo Arqueológico de Madrid y últimamente encontramos en el número XVII de Agosto de 1921 de la Revista italiana «Vell I Nou», un artículo de Grosio Orlando comparando una cabeza americana del Museo de Génova con otras búdicas.

El Elefante.—No es necesario recordar la importancia escultórica del elefante en todo lo indio asiático y su asociación al budismo; pero sí, que el elefante es un animal desconocido en la fauna histórica americana y sin embargo representado esquemáticamente en códices, esculturas y decoración arquitectónicas.

Este es uno de los puntos arqueológicos de más enconadas discusiones. Aun no se quiere ver representado esquemáticamente y en simbolismo al elefante en el arte americano. Allí donde se ven prolongaciones nasales que no son más que trompas de elefantes, se quiere ver imitaciones alargadas del pico de algunas aves, pequeñas trompas del tapir, animal solamente propio de la fauna americana, como si fuese posible la confusión. Ha llegado en esto la pasión a tal punto, que en algunas pirámides del Yucatán, estas prolongaciones nasales de los monstruos decorativos, han sido arracadas para evitar las controversias.

En uno de los editoriales del *Sol*, del pasado año, se dió la noticia tomada del *The Times*, de que en una biblioteca de Chicago se habían encontrado los dibujos de el explorador Waldeck, tomados de templos con representaciones perfectamente identifi-

cable de elefantes. No es preciso ir tan lejos. Nosotros habíamos visto esos dibujos reproducidos en una rara edición, en la Biblioteca Nacional de Madrid y trabajamos sobre ellos el año de 1921, así como sobre los de Brasseur, que entre un ciento de dibujos de ladrillos mayas hay algunos con representaciones de elefantes en que no cabe la menor duda su identificación.

Donde las representaciones de elefantes se dan con más propiedad es en el arte maya, el más antiguo de los de América, que luego pasa a Méjico, y si tenemos en cuenta que estas representaciones de elefantes, seres que los naturales jamás habían visto, solamente pudieron llegar en dibujos sobre objetos, marfiles o moneda, no tiene nada de extraño que en el trascurso de los siglos hayan dado lugar a esos monstruos horribles, con prolongaciones nasales que tanto abundan en el arte americano. Por otra parte esas prolongaciones nasales figuran muchas veces asociadas a figuras como las de los dioses Quetzalcoatl y Kukulkan (el hombre blanco barbado y predicador) como pueden verse en los manuscritos o códices americanos llamados de Mendoza, Cortesiano o Vaticano.

En la India asiática, la figura de hombre sentado en la forma en que se representa a Buda y con cabeza de elefante, corresponde al dios Gayapati o Ganesa que es popularísimo y se esculpe en todos los templos así como los elefantes, algunas veces de tamaños colosales.

Los templos circulares. Ya hemos visto, que en la América han existido templos de forma circular y asociados al culto de ese dios extranjero llamado Kukulkan. En las ruínas de la ciudad de Chichen-Itza, existen restos del templo llamado del caracol, templo de forma circular y que el mismo Beuchat reconoce que es tipo de forma desconocida en el resto de la América Central, habiendo existido otros también de forma circular en Méjico y consagrados a Quetzalcoatl. Para nosotros, estos templos no son mas que recuerdos de las stupas budistas asiáticas, donde se veneraban reliquias de Buda, de aquellas construcciones que adoptaban forma cupuliforme a semejanza de la gota de agua, símbolo a su vez de lo efímero de las cosas humanas.

Conclusiones. Para nosotros es evidente, que sobre el fondo original indígena, indiscutiblemente indígena de las culturas americanas, hay elementos como sobrepuestos y perfectamente diferenciables que pertenecen a culturas asiáticas, que no fueron asimilados más que de un modo parcial y que son posteriores.

Ya hemos visto la facilidad de comunicación de la América por el Pacífico, mejor dicho, la facilidad con que por este mar pueden arribar a sus costas naves de procedencia asiática. Las tradiciones religiosas y la arqueología están de acuerdo con estas probabilidades.

Nosotros aventuramos la siguiente hipótesis, deducida de todo lo anteriormente expuesto, que no es la primera vez que se formula aunque no basándose como en este trabajo en la coincidencia entre las fuentes históricas de los primeros historiadores y los datos modernos que nos suministra la arqueología.

El siglo II antes de Jesucristo, fué el siglo de la gran expansión del budismo por todo el inmenso continente asiático, llegando hasta el mismo extremo oriental, el Japón y durando esta fuerza expansiva varios siglos consecutivos.

A la cultura maya que parece ser la más antigua y la que llega a un mayor grado de progreso, se le marca una antigüedad próxima al siglo II o III de nuestra era, estando señalada su ruta, por ruínas que enlazan la América central con la península del Yucatán, donde alcanzó su mayor florecimiento. La mejicana y todas las otras, excepto la peruana, están influenciadas por elementos mayas y en ésta es donde se encuentran en mayor cantidad lo que nosotros creemos aportaciones budistas. ¿Cómo explicar sin estas aportaciones, el mito del hombre blanco, barbado y predicador que dejaba las huellas de sus pies en las piedras, la práctica de la confesión, de los ayunos, las cruces, el tipo de escultura búdico, las representaciones de elefantes, el año solar de 365 días, los templos circulares como stupas y esas otras varias cosas reseñadas?

¿Cuándo se predica en América el budismo por esos hombres de trajes talares y sandalias de que habla la tradición? ¿De dónde vienen? ¿Llegaron por casualidad o fué una expedición preparada? Preguntas son éstas a que la historia solo contesta envolviéndolas en una noche de sombras impenetrables.

Nosotros vemos sobrenadar en las aguas de la cultura americana, esos elementos asiáticos, sin que supongamos, entiendase bien, que dieran origen a esas culturas de fondo extraño y original. Lo que puede hacer derivar una civilización de otra madre, entre países remotos, es la colonización, el intercambio periódico, y esto no se ha dado jamás en la América primitiva.

Esas predicaciones budistas, tuvieron que ser absorbidas por el medio, incomprendidas, casi borradas por el tiempo una vez

desaparecidos aquellos monjes, que seguramente perdidos en aquellas inmensidades, jamás volvieron a tener comunicación con su punto de origen, y adulteradas por aquellas razas bárbaras, vieron y recogieron esas tradiciones nuestros cronistas de indias y el espíritu crítico histórico del siglo XIX.

Se ha dicho que los lamas del Tibet, tenían descrita la América en códices que datan de los primeros siglos de la Edad Media. Nada de esto se ha probado; pero sí creemos que puede ya afirmarse, que a las costas americanas del Pacífico, arriban por esa época, hombres procedentes del continente asiático, y que según todos los cálculos de probabilidades que pueden hacerse jamás volvieron a su tierra de origen y, por consiguiente, América sólo fué descubierta y comenzó a visitarse a partir de Colón.

Y no debemos asombrarnos, al suponerse que aquellos hombres cruzaron los mares voluntariamente y por espíritu de proselitismo religioso. El espíritu religioso ha sido siempre el móvil gigantesco de los hechos humanos. En arte, y en el Egipto, levanta las pirámides apoteosis del misterio de la tumba; en Caldea construye el zigurat para arrancar a la bóveda celeste la mecánica de las constelaciones; en Atenas el Partenón, símbolo de la armonía entre las fuerzas sobrenaturales y las humanas; en la Edad Media, la magnífica y desgajada florescencia del templo gótico, y en el siglo XVI, cuando se añora el mundo clásico, hace surgir en la Ciudad Eterna la nave y la cúpula imponente del Vaticano. Todo pasa. Las razas, las civilizaciones, los pueblos, el hombre, y solo el ideal perdura sobre todo.

Contestación de D. Antonio Gil Muñiz

Señores académicos: Señoras y señores:

La Academia de Córdoba—este viejo hogar de cultura—se viste hoy de gala para recibir a un hijo de esta ilustre tierra que por sus propios méritos ha sido elegido para ocupar el sillón que con su óbito dejara vacante el eximio historiador don Rafael Ramírez de Arellano.